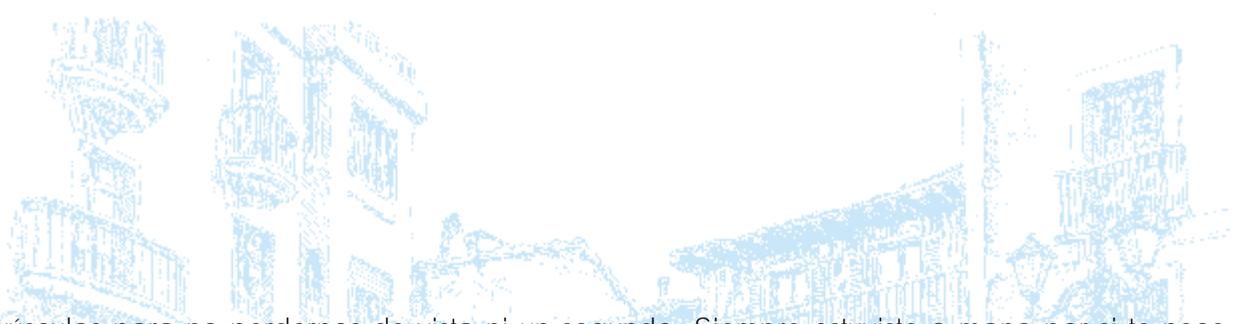


SABES QUE TE QUIERO

Mertxe Carneiro Bello

Que siempre te he querido. Que, un día, tal vez vuelva para decirte que no he dejado de hacerlo. Sé que vas a creerme. No tienes otro remedio, ¿me conoces tan bien! Seguramente sentirás un amago de rabia, un imperativo deseo de darme de bofetadas. Seguramente. Pero eres tan sabia, atesoras tanta comprensión que vas a contenerme y ni me llamarás besuga ni sentiré tus manos en mis mofletes. Es verdad que nunca antes abrí la boca para participarte mis sentimientos, porque pertenezco a esa tribu apresurada y coriácea, enquistada en sus asuntos. Este clan cavernario, a fuerza de emparejarse con el viento, desconoce lo que significa reclinarse en el paisaje, no sabe acodarse ante las cosas, no entiende de geometrías quietas. Hambre. Tiene hambre de estepa. Una tara como otra cualquiera. Qué le vamos a hacer. Y, sin embargo, debo confesarte que tengo mis puntos débiles, y entonces el enloquecido tránsito se detiene, y la piel se hace vulnerable, y pienso en ti. Puntos débiles, sí, sí, tengo algunos. Suelen dejarme desvalida como una ciudad abierta. Y es el mar mi talón de Aquiles. Horizonte de agua que no para de buscar a la costa, que la penetra en los estuarios, que la invade en las rías. El mar siempre ha tenido el poder de abrirme heridas breves, heridas de leve sonoridad, heridas que otras heridas no alcanzaban. Gozosas heridas por las que asomaba el ser verdadero. Heridas de parto liberador. Por eso amo a Neruda. Porque su obra es mar, anchuroso y eterno mar que sube y baja del cielo para morder la costa, *diente de agua* que labra heridas preñadas de espuma y sal, heridas que no cierran, afortunadamente, jamás. El mar siempre ha quietado mi paso y suavizado mi piel... Me humaniza hasta extremos impensables. Contemplando la incesante llegada de sus corceles de espuma siento, poderosa, la presencia del alma innumerable, aquí mismo, aquí adentro, reunida y nutriente. Por aquellos días en que te ignoraba, por aquellos días en que tú arropabas resignadamente mi desamor, cada vez que me topaba con el mar yo te buscaba siquiera unos segundos, te buscaba siquiera eternamente. Ya ves para lo que sirven al final los talones de Aquiles. Resulta que son beneficiosos, que nos sacuden la estulticia para devolvernos al primigenio estado de persona. Frente al mar, yo reconocía mis orígenes, me abrazaba a mi raíz. Soñaba. Frente al mar, yo me decía que tú era yo, que tú estabas en mí. Y se me encendían los ojos al mirarte y por mis oídos revoloteaban los ecos de tu voz. Parece mentira, ¿eh?, un ser tan costroso como yo, y viene el mar y me revive el yo sustituido. Viene el mar y pienso en ti y me doy cuenta de que sin ti yo no podría ser. Pero aquello pasaba y, de nuevo, era la carrera. El andar hacia algún lugar sin importancia, nada urgente, sólo andar y andar, sólo moverse. Otra vez la estepa. Algo me impulsaba a no dejar ese camino vertiginoso hacia la oficina, hacia el ocio, hacia gentes que, una vez conocidas perdían interés, se desprendían de su cara, desdibujaban sus contornos... Y el amor tampoco salía mejor parado; a menudo era una mano buscando nuestra mano, un latido intentando emparejarse con el nuestro y la risa que estallaba a destiempo, como un postre antes del aperitivo; y otras veces eran los labios, que no acababan de encontrar alimento en otros labios. Luego, a los de casa o a esos amigos íntimos que llamábamos así porque no sabíamos de qué iba la cosa, les contábamos que nuestra vida era una juerga. Y nos creían, ahí estaba lo bueno, que nos creían, es más, nos creíamos sinceramente. ¡Estábamos tan seguros de ser felices! Y continuábamos andando, satisfechos... Tú estabas allí, aunque no te viésemos, estabas allí guardando nuestros jóvenes días, igual que habías guardado nuestra infancia. Nos escuchabas, entre socarrona y tierna, como se escucha al pescador exagerado, al turista exaltado que vuelve de otros paisajes con los ojos inundados de un brillo artificial, al solemne imbécil que cree haber descubierto la penicilina. Estabas allí, con tu seno de asfalto y tus brazos de muros grises y calientes. Y tus ojos se encaramaban a la torre de la Parroquia con





mayúsculas para no perdernos de vista ni un segundo. Siempre estuviste a mano por si te necesitábamos, pero yo nunca te llamé. De niña te miraba con la misma naturalidad con que se mira a la madre y al padre. Me parecías algo tan mío, tan esencialmente mío que no veía la razón de dar gracias al cielo por tenerte. Cosas de la maldita propiedad, ya se sabe. Entonces no estabas tan ortopédicamente hermosa como ahora, aunque sí eras más verdad y, por eso mismo, más auténticamente hermosa. Más tú. Entonces habías superado la época feudal y la época guerracivilésca, y la tardía revolución industrial te llenaba de crecientes y humeantes verrugas. Tu aliento era una curiosa mezcolanza de veneno y salud. A una vaharada de aquellas fábrica le seguían el oscuro aroma de los pinos de Jaizkibel o la salada risotada del mar saltando por encima de Versailles, entonces caserío, caseríos porque eran dos, para ir de merienda o de cena en verano. A ratos, eras una especie de Artemisa bañándose en Partemia. No alcanzamos a verte desnuda, ni falta que hacía, pero vimos lo suficiente para intuir que con aquel cuadro, *El Baño en Rentería*, Darío de Regoyos no nos había mentido lo que se dice nada nada. Cuando te descubrí fuiste mía, como mi madre o mi padre, como mi casa y aquel perro que siempre teníamos y que siempre se llamaba Bobi, aún no sé por qué, a lo mejor por influencia de aquel locutor argentino, el Deglané, creo... En fin, que tu frente se adornaba de montes verdes y fragantes, y por tus caderas todavía chorreaba el Golfo de Vizcaya. Por las noches, los grillos horadaban tu aire con sus puntiagudos gregorianos. A mi abuelo le chiflaban los grillos, y nos hacía jaulitas para que los metiéramos allí con un poco de perejil. Mi abuelo era un naturalista. Tenía un jardín en el balcón. Un Edén superpoblado y variopinto: dos familias de conejos viviendo de realquilados en un cajón; una decena de parejas de gorriones y jilgueros cuyas moradas, en régimen de propiedad éstas, colgaban de la fachada; y plantas, una maraña esplendorosa de begonias, geranios, y yo qué sé qué más, ya no me acuerdo cómo se llamaban las otras plantas, nunca se me dio bien la botánica. Juzguen ustedes si esto no era un "overbúquin" en toda regla. Aquel balcón era un jubileo que sólo se acallaba al llegar la oscuridad, pero a eso de las diez de la noche sonaba el tuto de la Papelera, y entonces los conejos hay que ver cómo se ponían, y a los pájaros, arrancados de su sueño emplumado, no había quien los pusiera en razón. ¡Tú eras tan verdad entonces! Arrojabas nuestro sueño desde afuera y después, por la mañana, nos despertaba tu aliento verde y marino a pesar de la Esmaltería, a pesar de Carasa, a pesar de las "Mantas", a pesar del "Lino", a pesar de los pesares. Ahora has crecido en belleza. Pero, insisto, es otra belleza. Algo así como una reparación vía cirugía estética. Te han maquillado. Te han puesto melenas de césped artificial. Llevas un traje de pasarela Cibeles. Ya no eres tú, perdóname, ya no eres tú. Eres un trasunto moderno de lo que fuiste. Entiéndeme, no es que no me gustes, es que ya no eres tú. Te has quedado enterrada en esas galas inmobiliarias, en esos falsos jardines, en todo ese mar de losas que se levantan a la menor, en esos parques de cemento áspero y descolorido... Te añoro. Añoro aquellos árboles centenarios que arrancaron de las márgenes del río a su paso por Fandería. Añoro aquellos montes allende las vías del topo, montes repletos de manzanos y de huertas, montes que desaparecieron bajo la greda desatada. Añoro aquel kiosco orejudo, último grito de la tecnología de la época. Añoro aquella Viteri, prolongación de las dos alamedas, con plátanos escoltando la circulación, aquella circulación de dos camiones al día, una moto, algún coche de privilegiado, y bicicletas camino de la Papelera, con la fiambarrera envuelta en una servilleta azul de cuadros, ¿o era un pañuelo moquero, colgado del manillar? En fin, que me duele tu pérdida. No te enfades, son cosas mías. A mí, ya deberías saberlo, una de las cosas que más me priva - y esto constituye un clásico entre los seres paradójicos - es lamentar la pérdida de lo que tuve sin saberlo. Como te tuve a ti, Rentería, Errentería, Oarso... O como diablos te vayan llamando ahora.